



MEDITAR EN DIOS Y SERVIR A NUESTROS SEMEJANTES

Por Claudio Dossetti

A sí como un ave, para volar, necesita de sus dos alas, de modo similar, el ser humano, para elevarse hacia Dios, también necesita de sus dos alas, que son: la Oración y el Servicio a sus semejantes.

Mediante la oración y la meditación se afianza en nuestro interior el sentimiento de que Dios se halla presente en todas las cosas, que reside en el corazón de todos los seres, que todo cuanto vemos es Dios, y que nosotros mismos, en nuestra más íntima esencia, también somos ese Dios pleno de Bondad, Bienaventuranza, Sabiduría y Eternidad Absolutas. También, gracias a la oración y la meditación, comenzamos a entregarnos más a la Voluntad de Dios y vamos dejando a un lado los dictados de nuestro pequeño ego personal, y de este modo, los temores, pesares, padecimientos, dudas, angustias, etc., poco a poco se van yendo, del mismo modo en que el viento lleva las nubes que, a veces, cubren al Sol. Además, gracias a la oración y la meditación, va aumentando nuestro afecto hacia Dios, es

decir, comenzamos a Amar más a Dios que a las cosas del mundo, las cuales son pasajeras, como todo cuanto nace del Padre Tiempo. En resumen, la oración y la meditación hacen que el Divino Señor ocupe un lugar más importante en nuestro corazón, y que las cosas terrenas vayan ocupando un espacio más pequeño en nuestro interior. Así, la Divinidad crece en nosotros.

Por otra parte, el servicio a nuestros semejantes hace que salgamos de la casa de nuestro ego y nos volquemos hacia los demás con el anhelo de hacer el bien, y de brindar felicidad y paz a quienes Dios ha puesto cerca de nosotros. El hecho de anhelar y pensar en lograr nuestra propia felicidad hace que el corazón se vaya tornando pequeño e indiferente a las necesidades de los demás. En cambio, el hecho de anhelar y pensar en lograr la felicidad de los otros hace que el corazón se expanda y se torne más sensible a las necesidades de quienes nos rodean. El primer camino, es decir, el pensar en nuestro propio bienestar, es el sendero que nos aleja de Dios. El segundo camino, es decir, el pensar en el bienestar de los demás, es el sendero que nos lleva a Dios. El agua estancada se oscurece, mientras el agua que corre es cristalina, de modo similar, los pensamientos egoístas estancados en nuestro propio corazón lo oscurecen, mientras que los que fluyen por amor a los demás, lo clarifican. Todo pesar, toda angustia y todo temor des-

aparecen al trabajar para el bien de los aquellos que nos rodean, mientras que aumentan cuando pensamos en nosotros mismos. Cuanto más pensamos en nosotros mismos, más desdichados seremos, y cuanto menos pensemos en nosotros, mayor será la felicidad que more en nuestro interior.

Así, la vida espiritual y el servicio a nuestros semejantes son dos cosas inseparables. A mayor Amor a Dios, mayor es nuestro anhelo de velar por el bienestar de quienes nos rodean. Y al mismo tiempo, cuanto mayor sea nuestro trabajo dedicado a los demás, más puro se tornará nuestro corazón, y ese corazón así purificado será una morada en la cual fácilmente pueda ingresar el Espíritu Divino.

Desde el primer día en que comenzamos a meditar, desde ese mismo día hemos de comenzar a servir a nuestros semejantes con inegoísmo. Cada uno de nosotros debe hallar la forma en la cual colaborar con el bienestar de los demás. Hay muchas formas de hacerlo. Enseñar acerca de Dios, curar a los enfermos, cuidar a las plantas y los animales que el Señor pone en nuestro camino, dar abrigo a quien no lo tiene, buscar que reine la paz entre las personas, alimentar a quien lo necesita, dar tranquilidad al angustiado, acompañar al desvalido, meditar en Dios y enseñar a otros a hacerlo, son sólo algunas de las infinitas formas de colaborar con el bienestar de nuestros semejantes. Cada uno de nosotros debe hallar cuál es la forma

que es más adecuada a su propia naturaleza, y luego debe dedicarse a hacer el bien.

Nota: Para servir a los demás no debemos buscar demasiado lejos. No. Miremos ahora mismo a nuestro lado, a nuestra derecha, a nuestra izquierda. Miremos cerca nuestro. Quizás allí encontremos a una planta, un perro, o un ser humano que necesite algo. No pensemos en hacer el bien “en general”, o “en teoría”, o “de palabra”. Sino que, más bien, hemos de atender a quienes Dios puso cerca, en forma directa y particular.

Quiera Dios, Nuestro Señor, que a lo largo de toda nuestra vida siempre podamos meditar en Él y hacer el bien, con buena voluntad.

Om. Paz, Paz, Paz.

*Por el Prof. Claudio Dossetti
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
